

***Bricolage* ideológico alemán e invención de realidad**

Ideological collage and invention of reality in Germany

Adrián Tabares Jiménez

Resumen

En Alemania el nacionalsocialismo fusionó las tradiciones populares (mitos, fábulas, creencias) y los prejuicios patrioterros (nacionalismo, racismo) para convertirlos en ideología y en argumento de una empresa política y militar, carente de una verdadera doctrina, pero capaz de crear una realidad ficticia a través de la técnica. El artículo muestra cómo esta fusión generó un *bricolage* entre lo emotivo y lo lógico, entre el anhelo por un pasado mítico, el desconcierto frente a un presente caótico, y la esperanza de un futuro capaz de retornar a la tradición a través de la técnica moderna.

Palabras clave

Ideología; Racionalidad; Mito; Técnica; Realidad; Política.

Abstract

Under the German Nazi regime, the fusion of popular traditions (myths, fables, beliefs) and patriotic prejudices (nationalism, racism) turned into an ideology and an enterprise for politics and the military, lacking its own doctrine but able to construct a fictional reality through technique. The article depicts how this fusion developed into a collage of emotions and logic, and how it combined a desired mythological past, a chaotic present and expectations of a future capable of returning to the past through modern technique.

Key words

Ideology; Rationality; Myths; Technique; Reality; Politics.

Recibido: 14-10-05

Aprobado: 07-04-06

Las ideologías políticas del siglo XIX combinaron en sus discursos las tradiciones míticas, que cumplían una función religiosa o folclórica como referentes de costumbres sociales y políticas, con las ideas progresistas fruto de la racionalidad técnica de la revolución industrial. Este *bricolage* de tradiciones populares y desarrollo mecánico de la razón¹ traería como consecuencia en el campo político la invención y ejecución de una realidad imaginaria: un planeamiento metódico del futuro en términos fácticos y de las creencias mismas, no ya en la forma de una herencia cultural (costumbre), sino como la puesta en marcha de una empresa política cuyo escenario de producción sería la realidad. Antes de analizar el proceso de construcción de ideologías y sus efectos sobre la realidad es importante introducir algunos elementos teóricos.

ALGUNOS CONCEPTOS

Para comprender la diferencia entre mito y racionalidad es necesario distinguir primero el pensamiento de racionalidad. De acuerdo con Arendt (1958), el pensamiento es la capacidad humana que hace perdurables las cosas del mundo, las narra y las transfigura a través de tradiciones, mitos, arte, y las pone en público ante los hombres para que sean dotadas de sentidos y significados; la racionalidad, en cambio, tiene que ver con la actividad propia del cerebro (lógica), es equiparable con el metabolismo biológico del cuerpo, inherente a la existencia, de la cual las ciencias son sólo su aplicación a un objeto determinado. Por esta razón, la racionalidad, y no el pensamiento, puede ser reproducible por las máquinas; las máquinas reemplazan las actividades propias del cuerpo y de sus sentidos (*trabajo*), existen máquinas para calcular el mundo pero no para significarlo. La diferencia radica entonces para Arendt en que los conocimientos derivados de la ciencia y la técnica, una vez adquiridos, se añaden al mundo como objetos terminados, son acumulables como cosas. El pensamiento, en cambio, es justamente aquello que nos queda de toda esa acumulación, lo que trasciende la simple aglomeración (*trabajo*) y permite el desarrollo de una esfera política a través del intercambio de significados entre los hombres.

Mientras para Arendt la política depende de la diferencia entre pensamiento y racionalidad, para Heidegger esta diferencia no es relevante a la hora de inaugurar

¹ El desarrollo mecánico de la razón hace referencia al desenvolvimiento intelectual de una idea, como sucede en la filosofía y la teología.

una esfera política entre los hombres. Para Heidegger (1958), lo *político* no se circunscribe sólo al horizonte de significados que pueda tener el mundo entre los hombres –pensamiento según Arendt; lo *político* es también cualquier oficio o actividad que se desarrolle dentro de una *polis* como espacio único donde se funda lo humano (*artificio*), por ejemplo, bajo el régimen nacionalsocialista alemán lo político se limitó a los oficios y trabajos propios del mundo común entre los hombres (*polis*), sin necesidad del intercambio humano de significados porque el mundo ya estaba dotado de un sentido por la ideología nazi.

La ideología fusiona el vínculo emotivo del lenguaje mítico con la capacidad de programar y ejecutar el futuro de la racionalidad técnica. Cassirer (1947) explica cómo el mito a través de los saberes tradicionales y cómo las ideologías a través de la racionalidad técnica otorgan sentido al presente y al futuro, generando un vínculo emotivo en los hombres que los asumen como posibles o realizables. El mito nos cuenta lo que sucedió en el origen con la pretensión de significar el presente y el futuro. La ideología, en cambio, no nos dice lo que pasará pero sí lo promete; su racionalidad obra de acuerdo con un plan, lo ejecuta como una política de acción que busca dar sentido. El vínculo que generan las palabras en uno y otro caso no es racional sino *simpático* (emotivo).

Cuando la ideología se apropia, además, de contenidos míticos –los cuales cimientan creencias y saberes pero no ejecutan materialmente el mundo– y elabora planes específicos para llevarlos a cabo, pero aparecen en la realidad obstáculos insalvables que impiden su realización, el pensamiento mítico no se flexibiliza para adaptarse al mundo, sino que se autodestruye como cosmovisión: cae en el descrédito y olvido como posibilidad de mundo y entra a hacer parte de la historia política (ideológica) mas no de la historia de las mitologías. La ideología trazada en *Mein Kampf* había pasado de la utopía a ser una opción posible y real, pero cuando estaba empezando a ser parte del mundo y el mundo parte de su escenario, de un momento a otro volvió a ser una utopía y cayó en la total irrealidad. Esto supuso su radicalización (gaseamiento judío) y su autodestrucción (hecatombe). Las mitologías, al margen de que adquirieran una forma ideológica, no pueden cambiar con los tiempos y las circunstancias históricas; si lo hicieran dejarían de ser un conjunto hilado de mitos para volverse una teoría progresiva y autocrítica de la realidad donde prima lo racional sobre lo emotivo, distanciándose así del saber mítico.

LA IDEOLOGÍA COMO MITO Y TÉCNICA EN WEIMAR (1919-1932)

¿Cuál es el poder que pueden llegar a tener los mitos en la política? A partir del siglo XX, con el advenimiento de las masas urbanas y los avances tecnológicos en las comunicaciones, los mitos políticos modernos (las ideologías) irán de la mano con los desarrollos técnicos y se presentarán como un novedoso instrumento para cautivar y persuadir a un gran público de electores. La aparición de este fenómeno, en el caso alemán, fue facilitada por las caóticas condiciones sociales y económicas durante la República de Weimar. En este período el Estado legisló sobre lo social, pero no pudo frenar el desempleo y la pobreza, propiciando así una situación insólita y peligrosa en la que cundieron la desconfianza hacia la democracia y la desesperación colectiva ante la carencia de una ley efectiva y clara: la organización legal de la vida social perdió su poder de vinculación y su fuerza, reaparecieron los tradicionales mitos populares que brindaban cohesión al invocar los sentimientos de orgullo y arraigo patrióticos frente a un incierto presente, al tiempo que irrumpieron los mitos modernos con su promesa ideológica de un futuro seguro contra la desesperanza generalizada.

Cuando la capacidad técnica del hombre para resolver los problemas cotidianos se ve superada, caso de Alemania durante la República de Weimar, resurge la fe en las soluciones mágicas mediante el poder carismático de los caudillos. La esfera secular, el resto de la vida al margen de la política ideológica, se reduce en este caso a la construcción básica de los utensilios necesarios para sobrevivir: se aguarda con expectativa que el caudillo convoque y oriente las fuerzas técnicas de la industria para construir de nuevo la patria. Esta “magia social” depende de la pérdida de valor y confianza de la sociedad en sí misma: el poder carismático del caudillo se vuelve místico cuando sus palabras finalmente se hacen ley. Carlyle (Cassirer, 1947) habla del culto a los héroes, de la fe en la salvación, gracias a un gran hombre, como una creencia desesperada e irracional. Desde otro ángulo, lo que para Cassirer (1947) había hecho la diferencia entre el *homo magicus* (*influenciador*) y el *homo faber* (hacedor) se pierde con la política moderna en la cual *homo magicus* y *homo faber* se fusionan en el *homo adivinans*: aquel que no sólo predice el futuro colectivo, sino que lo revela de acuerdo con un destino, con un plan para el cual se han aprovechado o elaborado mitos a través de una técnica ideológica que al dar cuenta completa del mundo se convierte en un arma de persuasión casi mística. Aparte de la oratoria política de los caudillos, el ejemplo intelectual más importante y popular de este fenómeno en el comienzo del siglo XX –dejando a un lado *Mein Kampf* de Hitler y algunas obras comunistas– es el libro *La decadencia de Occidente*, escrito por Spengler en 1918, donde

realiza un análisis y determinación futura de la historia del hemisferio (Lukács, 1953). Dentro de la época, pero desde otro ámbito, uno estrictamente filosófico que no tenía que ver aún con el nacionalsocialismo, Heidegger comienza la destrucción de la filosofía como fundamento del ser de las épocas al preguntar por la verdad sobre la propia existencia, es decir, sobre el aspecto histórico de todo saber y todo preguntar.

Las ideologías en el campo político de principios del siglo XX se opondrían al concepto tradicional de libertad basado en la autonomía, en la elección instintiva de la independencia no como un hecho fortuito de la vida, sino como un deber. En este sentido, Cassirer (1947) observa cómo los nuevos mitos políticos obedecerían en su origen a un momento de crisis en el que predominó la indecisión y la preocupación por el porvenir general, donde se anheló deshacerse de la libertad, pues fue sentida como una carga y una responsabilidad innecesaria en pro del progreso material de la mayoría. En el período de la República de Weimar (1919-1932) la multiplicidad de ideologías y cosmovisiones generaba desconcierto entre la población: la sociedad liberal imperante no se vinculaba concretamente con ninguna de ellas, sólo colocaba sobre la mesa las reglas del juego y todo terminaba siendo un asunto de opiniones en el que nadie se comprometía a fondo. Para 1932 era perceptible un descrédito de lo liberal entre la juventud, pues se le endilgaba una total indiferencia frente a la verdad, un vacío relativismo. En este ambiente, partidos como el Nazi, mediante el carisma de un caudillo, convirtieron su demagogia en palabras míticas que apelaban a los orígenes a través de las pasiones de un pueblo derrotado; el anhelo individual de distinguirse de los otros se convirtió en una finalidad colectiva, tras la cual las pasiones propias se supeditaron y canalizaron mediante los sentimientos patrióticos y el sueño nacional de grandeza. Cuando lo político se mitifica aparecen las soluciones extremas que reflejan el anhelo de controlar una realidad extraviada, en la cual las circunstancias cotidianas agobian los propios sentimientos y deseos; el poder de lo mítico en la política radica precisamente en dar la vuelta a esta situación, empuñando los sentimientos y deseos como explicación de la realidad para imponerse a las circunstancias por difíciles que sean.

EL IMAGINARIO ALEMÁN Y LA TRADICIÓN POLÍTICA

¿Cuáles fueron los elementos del imaginario alemán y de la tradición política que se conjugaron posteriormente en la ideología nacionalsocialista? ¿Cuál fue su influencia en las metas y el desarrollo fáctico de los programas y planes de

la ideología nazi? El primero de estas dos interrogantes será el tema de análisis en las páginas de este aparte.

Dentro de la tradición política alemana el período de vigencia de la filosofía de la vida –período imperialista anterior a la primera guerra– marcó en Alemania una hostilidad hacia el progreso por parte de la clase dominante, partidaria de la política autoritaria del imperio Guillermo II y Bismark del feudalismo (*junkers*), que se oponía a los cambios sociales producto del desarrollo industrial. El atraso técnico era valorado en Alemania como algo cultural superior, como algo alemán, mientras las ciencias eran consideradas como una serie de saberes necesarios para solucionar algunos problemas cotidianos de la vida. La filosofía de la vida, que daría pie luego al existencialismo, socavaba la fe en el progreso al introducir el relativismo de los valores y del conocimiento. La democracia en Alemania fue vista entonces como un invento extranjero que obedecía a ciertas razones propias de las nuevas clases burguesas y proletarias, mas no de la aristocracia tradicional fiel a los mitos patrioterros que justificaban la política vigente. La conclusión inevitable de imposibilidad del progreso por parte del relativismo tuvo también entre sus consecuencias, coincidiendo con la posición del feudalismo alemán (*junkers*), la negación del socialismo como la meta o la solución progresista de la realidad humana.

Bismarck llevó a cabo durante el II Reich una revolución desde arriba, dejando intactas las bases del poder feudal que había heredado: en Alemania nunca hubo una revolución triunfante de la burguesía ni del proletariado, tampoco una guerra interna de unificación, que reemplazaran bases del poder tradicional regente desde el Medievo (Engels, 1874). Sería la Primera Guerra Mundial la que posibilitaría buena parte de los tránsitos políticos de la nación: los cambios políticos no se debieron a un progreso interno alemán, sino a una exigencia externa tras la derrota. Durante la primera guerra en Alemania, la noción de cultura se asoció con lo alemán, es decir, con la tradición autoritaria y militar de Prusia. Las tradiciones políticas alemanas, entendidas desde la autoridad y la obediencia al mandato de la ley, tuvieron su origen esencial en el militarismo de Prusia: fue en torno al gran Estado de Prusia, en rivalidad con Austria, como se constituirían el segundo imperio alemán y luego la nación alemana. Se trataba de costumbres enraizadas en la historia de la patria que estaban representadas por la aristocracia gobernante y eran respetadas como “lo alemán” (*volkisch*), como la versión popular de lo que se entendía por alemanidad en el grueso de la población e, incluso, entre los intelectuales (Biermann, 1997).

En Alemania la disolución tardía del feudalismo, tras el desarrollo industrial durante el segundo Reich, no trajo consigo la instauración de un Estado nacional, sino el desgarramiento del Estado a causa de la división histórica en pequeños reinos agrupados políticamente en torno al comercio y los asuntos exteriores bajo el dominio del Kaiser de Prusia. No hubo de esta forma un absolutismo progresivo que representara una unidad nacional, pero sí un predominio político de la nobleza prusiana. En Alemania la revolución burguesa fue débil debido a su objetivo de instaurar un poder político centralizado, que tradicionalmente no existía, en lugar de propiciar un desarrollo democrático del tipo de gobierno que había. La administración de lo público en Alemania surgió entonces como una esfera independiente del pueblo y de su representación política: en la nación alemana no hubo conflictos de clase debido al atraso del sistema político y a la deificación del Estado como instancia de autoridad nacional (ley), más que de participación popular (democracia) (Bracher, 1973).

Feuerbach en su obra *La esencia del cristianismo* sostiene que a pesar del precedente religioso protestante en Alemania, como fuente de la idea moderna de subjetividad y de la interpretación de Cristo a manera de un ideal humano de personalidad, el hecho de que las revoluciones burguesas y proletarias fracasaran determinó que el elemento premoderno del feudalismo no progresara, sino que se mantuviera camuflado como una forma de conciencia social (autoritarismo).

Alemania no pudo tener una revolución nacional o socialista, que representara una mayoría de la población, porque carecía de una experiencia democrática burguesa. La República de Weimar sería a la postre más una coalición de *junkers* y capitalistas que una verdadera democracia: no surgió fruto de una restauración popular, sino de una imposición de paz. De este modo, la demagogia imperial continuaría imponiéndose como una evocación de la verdadera nación dejada atrás. En Alemania imperaba, en general, la idea de pueblo sobre la de individuo, idea fortalecida por el principio militar de orden y autoridad y por la consecuente oposición al internacionalismo y a la igualdad democrática. Estas posiciones fueron complementadas con las tesis modernas de la diferencia biológica (socialdarwinismo) y con la nueva política de los movimientos de masas donde lo que otrora fue *volkisch* se volvió de pronto un valor político.

El 16 de octubre de 1914, luego del estallido de la Primera Guerra, la declaración de profesores del Imperio alemán expresaba indignación por el hecho de que los enemigos de Alemania, con Inglaterra a la cabeza, querían establecer una oposición entre el espíritu de la ciencia alemana y su noción de militarismo

prusiano. En el ambiente intelectual la pregunta que gravitaba era si en realidad se trataba de una guerra entre culturas rivales, o de hasta qué punto estaba implicada la alemanidad en la guerra, es decir, una pregunta por la propia identidad que se resolvería sólo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Safranski (1997) observa algunas de las posiciones de los intelectuales más representativos de la época: Thomas Mann, por ejemplo, hablaría de la guerra como una contraposición de cultura profunda y civilización superficial, de comunidad orgánica y sociedad mecánica, de héroes y comerciantes, de virtud y actitud calculadora: en suma, una contraposición entre Alemania e Inglaterra. Scheler, por su parte, conceptuaría desde el vitalismo la guerra como un genio de la historia, una autoafirmación de las culturas, una autónoma intuición original del mundo. Max Weber, en cambio, partiendo de una visión crítica de sus contemporáneos, los acusaría inequívocamente de confundir los sentimientos patrióticos con el pensamiento político.

Además de los elementos de la tradición política hasta ahora mencionados (feudalismo, autoritarismo, deificación del Estado y conciencia de pueblo sobre individuo, etc.) existían otros elementos que fueron apropiados dentro del imaginario alemán (racismo, nacionalismo) y que tendrían a la postre una influencia decisiva en el desarrollo de ideologías.

A principios del siglo XX, con el auge del socialdarwinismo no sólo a modo de teoría social, sino como caballo de batalla ideológico y político, fueron apareciendo en el horizonte las técnicas y las prácticas médicas y sociales adecuadas para implementarlo en la realidad futura. Sobre la base de que la especie humana partía de un origen simiesco para alcanzar un futuro angélico, se empezaron a resignificar procedimientos médicos en procura de ajustarlos conceptualmente a los fines ideológicos de los socialdarwinistas: la eugenesia se presentó de esta manera como una herramienta que libraba de la incertidumbre acerca del futuro genético; con ella la evolución dejaba de ser una necesidad natural para convertirse en un arma artificial del Estado en pro de ahorrarle a la naturaleza un esfuerzo inútil. La aristocracia alemana comenzó a ser apreciada entonces, por propios y extraños, como el resultado de la selección natural; entre tanto, la burguesía pretendía transformar la nación entera en una enorme aristocracia germana como recurso político para sustituir a la antigua clase dominante, apelando a la garantía de éxito que significaba la herencia del gran hombre de clase media contra los genes decadentes de los aristócratas. Fue en este punto donde se inició la ampliación del racismo alemán: la extensión a todos los pobladores de las

reglas de la nobleza, evitando de este modo una emancipación política de clase (Arendt, 1951a: 263-277).

Entre la aristocracia alemana las opiniones y argumentos de los autores racistas tendrían el peso de acentuar y racionalizar los propios prejuicios de raza y clase, justificando de esta manera la vigencia de su derecho natural al poder. Las ideologías nacionales del siglo XIX hicieron acopio en su nacimiento del saber histórico con el que la nobleza trató de justificar su posición dentro del Estado frente a las ideas y los discursos de la burguesía (Arendt, 1951a). Al interior de la tradición racista, en tanto teoría racial, uno de los primeros autores citados en el siglo XIX es Burke (Lukács, 1953), quien observa en el sistema feudal (nobleza) una representación legítima de la disposición orgánica de la naturaleza: los organismos debido a su mayor o menor nivel de complejidad establecen grados en el orden de lo natural, es decir, desigualdades naturales, que en el ámbito de lo humano se expresan en distintas clases de hombres de acuerdo con sus valores y tradiciones, no con sus instituciones (burguesía) que deberían en cambio estar sustentadas en éstos. Burke opone además lo feudal y agrario a lo mecánico, que juzga contra natura y obediente a un criterio intelectualista y abstracto venido de la burguesía que luchaba por la igualdad de privilegios. El racismo en la Europa continental se originó en gran medida como una defensa de la nobleza ante el nacimiento de otras clases sociales con nuevas reivindicaciones.

Racismo y nacionalismo provienen de fuentes distintas. El primero no contiene igualdad e intenta justificarse en la diferencia cultural y luego en la biológica; el segundo pretende igualar desde una ideología o invocando la personalidad de un pueblo con una finalidad emancipadora. En Alemania la derrota de Napoleón a manos de Prusia, señaló como íconos y símbolos del nacionalismo a los patriotas prusianos mas no a la nobleza; se trató entonces de un nacionalismo negativo fundado en la protección, en la unión sin privilegios del pueblo contra lo extranjero: la idea de “pueblo alemán” confundió así el nacionalismo con el racismo: un racismo ampliado que pertenecía e incluía a toda la población alemana, no sólo a una clase social asociada con el poder (nobleza). Un factor determinante en la fusión entre nacionalismo y racismo en Alemania, según Arendt (1951a:222-239), fue el bajo sentimiento nacional que históricamente predominó en la población; la raíz del bajo sentimiento nacional de los alemanes radicó en la circunstancia de que siempre fueron más un imperio que una nación. En los inicios del II Reich, con la unificación de los estados alemanes, los nobles prusianos pretendieron ser los representantes legítimos de la *nación*, pero no contaron con el apoyo de la nobleza restante ni de la mayoría de comerciantes, quienes ya para la época les

profesaban un enconado rechazo político. Se instauró, entonces, una unidad nacional como sustituto de una nacionalidad política: primó así una idea de “pueblo genuino” en vista de que había una ausencia de historia común como nación debido al federalismo (reinos). La burguesía defendía entonces, de acuerdo con sus intereses, una postura que definía la personalidad como algo innato, no fruto de méritos adquiridos por tradiciones, como sostenían con arrogancia los *junkers* para quienes la igualdad de cualidades se podía dar sólo entre pares sociales (clases). Las ideas de la burguesía, aunque perseguían sustituir la aristocracia del buen linaje y la élite aria, no estaban, sin embargo, a favor de la democracia y propugnaban, en cambio, a través de la personalidad innata, una aristocracia natural (selección). Esta postura de la burguesía alemana, dado su carácter antidemocrático, justificaba, a su vez, el desprecio sentido hacia la burguesía extranjera al carecer ésta de las cualidades aristocráticas innatas necesarias; de igual modo, los antisemitas burgueses afirmarían tiempo después que las faltas cometidas por los judíos constituían una tendencia innata de su personalidad. Las tesis de la burguesía sólo triunfarían hasta después de la primera guerra cuando Alemania se vería forzada a convertirse en nación.

Después de la primera guerra y durante la República de Weimar se deslegitiman los partidos en Alemania y adquieren poder los movimientos como representantes del interés nacional: los partidos políticos compartían entonces un interés genérico de humanidad (internacionalismo) y no buscaban por principio la mayoría absoluta. Sumado a esto, la filosofía de los partidos daba siempre un rodeo sublime y humanitario para tocar los intereses concretos de la nación: no eran como tales agrupaciones nacionalistas, simplemente utilizaban el nacionalismo con fines electorales. En este ambiente, a diferencia de los partidos, los movimientos políticos no necesitaban programas fijos (nazis), su talante era general y se identificaban con la libertad. Los movimientos proclamaban una independencia del Estado, un partidismo por encima de los partidos, que intentaba capitalizar el fracaso de los partidos de clase dentro de la población desarraigada de la posguerra europea; también ambicionaban sacar provecho del desprestigio de las naciones-Estado criticando la inflación y el creciente desempleo causado por las inmigraciones internas de mano de obra barata; asimismo profesaban un odio al sistema de clases en el que los partidos estaban más cerca al poder que las grandes masas: los partidos creían ingenuamente que era exclusivo del Estado el mantener el monopolio de la violencia y el ejército, pero tras perder su posición en él y desprestigiarse haciendo tambalear las instituciones, los militares le guardaron fidelidad al poder mas no al Estado (militarismo). Los movimientos ideológicos

reemplazaron los problemas humanos por la práctica social, un activismo tendente a realizar en el mundo los mitos que componían sus ideologías. Debido a esto los diversos movimientos fascistas, vinculados con el racismo nacional y el militarismo, nunca tuvieron entre sus metas armonizar el mundo industrial con las creencias antiguas (religión), sino que, al contrario, procuraban sustituir esas creencias con una nueva filosofía (cosmovisión), en la cual la intuición reinaba como concepto del mundo. Las cosmovisiones ideológicas del facismo, al darle un sentido pleno a la realidad y un programa de acción para ejecutarlo, acabarían enfrentándose a las ideales democráticos fundados en el pluralismo (“lo judío”).

IDEOLOGÍA FANTÁSTICA Y ESPEJISMO DE REALIDAD

Comentados ya algunos elementos de la tradición política y del imaginario alemán, a continuación serán analizadas las circunstancias que facilitaron su fusión dentro de la ideología nazi, la forma como esta fusión fue llevada a cabo y su efecto alucinador sobre la realidad. De esta forma se intentará responder el segundo interrogante: ¿Cuál fue la influencia de los elementos de la tradición política y del imaginario alemán en las metas y el desarrollo fáctico de los programas y planes de la ideología nazi?

Durante la República de Weimar existió un desencanto, tanto de la izquierda como de la derecha, una ausencia de orden en todo el país, un enfrentamiento de los sentimientos patrióticos (autoridad) contra la razón política (democracia); en sectores medios y bajos de la población se esperaba un salvador, alguien que ordenara el caos, al tiempo que aparecían brotes de milagrería y fe en mitos reciclados sobre la patria. La vida individual, por la fragilidad social, se encontraba en peligro. Para entonces los nazis eran un partido revolucionario no monárquico que pretendía ser el exponente de la cultura popular. El régimen de Weimar caería once años después –1932– a causa de la crisis económica mundial, la falta de un desarrollo sostenido, el rechazo de la burguesía alemana a la democracia por no parecerle un sistema político rentable, y la inmadurez de los partidos políticos que no asumieron a fondo su responsabilidad desde el Parlamento y el gobierno; además, las fuerzas militares continuaron siendo durante el régimen un Estado dentro del Estado, una esfera impermeable a los cambios políticos, constituyendo de paso el modelo que Hitler aplicaría con rigor a la estructura del partido nazi, el cual terminaría siendo, a su vez, otro Estado al interior del Estado durante el III Reich.

En tiempos de Weimar lo *volkisch* se fundió con el nacionalismo, rechazando los valores e ideales de la república: a la democracia y al pluralismo oponían la idea de una “comunidad nacional” erigida sobre la sangre y la raza, una comunidad de tendencia antiliberal, anticapitalista y antiburguesa. El nacionalismo *volkisch* luchaba también contra la confiscación del territorio patrio y la culpabilidad endosada a Alemania tras el Tratado de Versalles. Con esta lucha buscaba avivar el resentimiento y el odio entre las masas de inconformes: las ideas eran utilizadas entonces como instrumentos de movilización y no como abstracciones teóricas. En rigor, no se usaban ideas, sólo ideales patrioterros. Weimar fue una república sin republicanos donde llegaron a existir más de setenta grupos *volkisch* (Kershaw, 1998:24-60).

En la atmósfera intelectual en el período de 1929 a 1932 los temas y análisis de libros como *El malestar de la cultura* reflejaban fielmente el desasosiego por un mundo que no ofrecía nada, donde sólo quedaba el sí mismo como fuente de una libertad que se deshacía en la contingencia (Safranski, 1997). Se hablaba entonces de un mundo angustiado al que ya no le interesaba indagar y explicar, sino aliviar o curar: las terapias psicológicas tomaron el lugar de las teorías sociales. Otro ingrediente de la angustia y el desasosiego fue la crisis de la democracia, cuya única solución política parecía ser el militarismo: el KPD (partido comunista) intensificaba entonces su activismo de línea bolchevique, a la vez que el libro *Mein Kampf* de Hitler obtenía ventas millonarias y los movimientos ocultistas y teosóficos profesaban una fe inexplicable en la redención milagrosa del país. La filosofía, por su parte, planteaba también interrogantes y respuestas extremas que se movían dentro de los conceptos de proletariado, inconsciente y existencia. El mundo asumió entonces un carácter monomaniaco: era sólo una confirmación de lo que se pensaba solitariamente, la realidad se había encogido y estrechado de acuerdo con lo que se quería creer de ella: cesó de esta manera la duda y con ella la posibilidad de que el mundo no se cerrara sobre sí mismo.

Los movimientos fascistas, como los nazis, hacían entretanto exhibición y gala de los elementos más populares de las culturas, de lo que emotivamente identificaba a un pueblo y le permitía sentirse distinto. El nacionalsocialismo alemán se presentaba y propagaba a través de los clichés de la época, de los prejuicios vulgares y lo *volkisch*, para llegar sin distinciones a toda la población diciendo lo que cada quien quería en el fondo escuchar: aquello que coincidía con la propia y común opinión. Dentro de lo *volkisch* se contaban obviamente mitos heroicos y caballerescos, relatos que en un momento dado significaban y ponían en juego la alemanidad de la población (Kershaw, 1998). Las ideologías políticas

explotaron las historias míticas no sólo con el fin de cautivar electores, sino también para otorgarle un aire ancestral a su visión de mundo. Hitler hizo que las mentiras ideológicas penetraran en las almas de la mano y con la fuerza del carisma, que fueran creídas emotivamente mediante discursos airados que exaltaban los sentimientos de venganza histórica latentes en el pueblo alemán, aquellos sentimientos que invocaban viejos odios y prejuicios para explicar la desgracia de su patria culpando a otros; las mentiras hechas convicciones, atizadas y asentadas con fanatismo sobre los hombros del carisma, terminarían inevitablemente haciendo parir al pueblo alemán la violencia más metódica y desproporcionada del siglo XX.

Las ideas que Hitler esgrimía en sus discursos terminaron poseyendo un aura mística que iba más allá del simple prejuicio de época. Sus palabras, gracias a su contundencia y claridad, a la emotividad represada que agitaban mediante la articulación coherente del odio y la realidad, ejercieron una potestad y sujeción semejantes a la hegemonía de los antiguos mitos sobre los creyentes: Hitler hizo de viejos prejuicios verdaderos mitos al articularlos en una visión de mundo que daba curso a los sentimientos comunes desde los cuales un sector importante del pueblo alemán juzgaba su historia y su presente, los prejuicios de la opinión común se encontraban ahora encadenados unos a otros con una lógica elemental pero infalible: lo que la gente creía y sentía cotidianamente, sin apelar a otro tipo de conocimiento, terminaría siendo la explicación real del mundo y, por ende, la esperanza de todos.

Hitler se percató de que el sitio de poder en Alemania que le correspondía al pueblo en general, es decir, al pueblo más allá de las clases (masa), estaba vacío, pues su representación en el Parlamento era algo casi simbólico, entonces en lugar de reestablecer la soberanía de aquel sitio de poder para el pueblo, lo que hubiera significado una partición del poder, Hitler decide hacerse un hombre pueblo: la encarnación carismática de los intereses populares. El tipo de régimen que presidió Hitler se mantuvo gracias al terror policial y la manipulación propagandística de unas masas resignadas y atomizadas que surgían en las grandes ciudades europeas: las grandes masas urbanas de empleados pobres y gente desempleada con poder electoral tenía en Alemania una historia muy reciente que no iba más allá de tres generaciones: el sufragio universal había sido instaurado en 1906.

Los nazis enarbolaban una definición popular de raza, un esencialismo patriotero, que se presentaba como un conocimiento puro (definitivo), el cual tenía

más puntos en común con lo mítico y tradicional que con las revoluciones socialistas de la época. Los nazis fueron un movimiento reaccionario nacionalista que encauzó y encadenó los prejuicios de su pueblo para luego instrumentalizarlos. La unidad que ofrecía Hitler era una unidad mítico-técnica, no política, una cohesión de principios y una aparente coordinación fundada en la obediencia vertical: una visión de mundo y un funcionamiento técnico militar en procura de ella. La historia para los nazis, más que un orden temático del tiempo, o una conciencia vivencial acerca del pasado y el presente, acabó siendo entonces un cronograma de acciones encaminadas a conseguir un único propósito: acumular y aplicar el conjunto de saberes técnicos que permitieran destruir y modificar la realidad en el corto plazo.

Hitler, y el fascismo en general, significó el último intento político de que el presente tecnificado no se desligara del pasado mítico: un último intento que no pudo saltar sobre su propio tiempo y partió así de lo técnico para llegar a lo mítico, inaugurando un camino sin salida, aquel que va del artificio humano a la consciencia inmaterial de los hombres, una vía ciega que significó la devastación de medio mundo y la muerte inútil de millones. El artificio nazi tuvo que desgarrar el mundo para tocar de algún modo la consciencia inmaterial de los hombres.

La técnica como desarrollo de la racionalidad, no del pensamiento, busca en última instancia ordenar el mundo, no significarlo. Desde esta perspectiva, el único instante de verdad que puede ofrecer la técnica es aquel que proviene de la reflexión en torno al momento destructivo del progreso, es decir, cuando los procesos de construcción y destrucción material del mundo hacen peligrar la realidad humana (el recuento de las imágenes simbólicas que del mundo conservan los hombres). La Segunda Guerra Mundial y el nazismo en su conjunto constituyeron el gran instante de verdad que dolorosamente arrojó la racionalidad técnica durante el siglo XX: nunca antes la realidad humana se había enfrentado con un enemigo que pretendiera erradicarla como a un todo para reemplazarla por otra, por una sola, por un esquema mítico trazado para milenios, cuyo proyecto de ejecución abarcaba la tierra entera como un mero objeto de su producción.

En este sentido, los nazis supeditarían el principio demográfico de la demanda al ideal de raza. En términos económicos, el exterminio fue una inversión que no contenía un principio productivo sino destructivo, era un gasto que el Estado nazi nunca recuperaría ni siquiera en el muy largo plazo: su meta como procedimiento industrial no era la de crecer, sólo la de cumplir un fin ideológico. De la misma forma, el Estado nazi jamás persiguió extenderse como Estado, ni crecer

institucionalmente, su función era ser un instrumento administrativo que servía para consolidar un poder ideológico. Como técnica, el exterminio únicamente se perfeccionaría mientras que hubiera una cantidad significativa de exterminables: se trataba entonces de una técnica limitada de antemano en el tiempo, no progresiva ni generadora de riqueza, que contradecía de por sí los presupuestos de la industrialización y el desarrollo económico.

La solución final supuso sólo una progresión de técnicas industriales, mas no un progreso científico implícito, una experimentación para adecuar un proceso y hacerlo eficiente. La ideología nazi quiso usar los recursos técnicos como meros instrumentos provenientes de la industria, es decir, como una técnica industrial con la que pretendían hacer del mundo una gran industria ideológica, no científica.

En el exterminio la masa de cadáveres quedaba aislada no sólo del mundo, de lo público, sino de los rituales humanos que los hubieran hecho reales en términos de civilización y los hubieran enmarcado en el recuerdo de los hombres como muertos. En la historia ha habido, sin embargo, muchas muertes anónimas, incluso en masa: han muerto ejércitos enteros, pueblos completos y generaciones íntegras, pero cada una de estas muertes ha estado asociada a una gesta, a una lucha, a un sacrificio, a una adversidad o a un cataclismo. Lo horrible del exterminio es que no yace asociado a un símbolo humano que dé cuenta de sus muertos, no hay una historia aún que le dé sentido, sólo reflexiones intelectuales que intentan explicarlo, haciendo todavía más patente el abismo simbólico que supone. El exterminio aún causa terror porque la única imagen significa que evoca es la de un matadero, un matadero de hombres: la industria de la muerte de la propia especie.

En el caso judío los despojos hechos cenizas, apilados a paladas unos con otros en carretillas para servir de abono, sepultados también a paladas en la tierra sin ningún rito y ningún doliente, marginados del mundo incluso en la muerte, se convirtieron en la huella invisible pero definitiva del fin de la confianza de que como especie los hombres compartían una misma esencia. Los cadáveres judíos, o sus restos, debían no sólo ser exiliados del mundo, sino reutilizados en él como materia prima que sirviera a los vivos: el exterminio, la muerte masiva, fue una desacralización de la muerte, una pérdida de la capacidad humana de simbolizar, el colapso de la historia a manos de una racionalidad llevada a sus límites.

El nazismo evidenció un desfase entre la tecnología y el saber que devino en una serie de empresas absurdas. La tecnología depende muchas veces del saber

común y no sólo de las ciencias aplicadas. El peligro de una técnica orientada en un sentido mítico es que emprende empresas que no tienen que ver con criterios prácticos, sino con propósitos mágicos, generando aparatos que persiguen dar cuenta de la realidad misma, no sólo de un sector o de unos objetos definidos (ciencia), ni tampoco de la posibilidad de las cosas (cálculo), sino del principio subjetivo que hace del mundo material una realidad: el empeño destructivo refleja sólo lo imposible de la búsqueda del fundamento del mundo a través de la técnica.

A Hitler no le interesaba el desarrollo de la ciencia como tal, sino sólo aquel que propiciara los artificios técnicos necesarios para vencer y sorprender a sus enemigos, para cautivar de manera masiva interna y externamente con armas cuya novedad y contundencia lo llevaran a conseguir una victoria mítica: una aniquilación fulminante de la cual sus enemigos no se pudieran defender ni recuperar, un triunfo que como los rayos de las tormentas cayera imprevisiblemente del cielo. La técnica de ingenios fantásticos sobrevivió al mito nazi que la hizo posible, se sumó al mundo como un conocimiento más, al contrario de lo que ocurriría con el nazismo, el cual quedó excluido moralmente del mundo como una ficción humana que no se debe repetir. Como tal las armas fantásticas no fueron vencidas, lo que cayó catastróficamente fue el conjunto de mitos que las engendró. La técnica siempre queda y hace parte del mundo, las ambiciones absolutas e ilimitadas no, pues perecen siempre con los hombres. Los instrumentos multiplican los efectos de la acción de los hombres sobre la realidad, pero no sirven para hacer más reales las utopías y las propias ilusiones.

Hitler encarnó primero el papel de caudillo y luego el de *führer*, decía lo que la mayoría quería oír y hacía lo que todos ocultamente deseaban que hiciera: el tercer Reich no fueron solamente Hitler y el partido nazi, fueron, sobre todo, un *führer* y su pueblo. Hitler creía que poseía una misión histórica que debía llevar a cabo, pero no sólo él creyó en tal misión, la nación entera viendo cómo se cumplían una a una sus osadas promesas de reivindicar a Alemania tras la humillación, como los enemigos internos y externos de la patria se rendían, terminó a su vez confiando y creyendo en la realidad de lo que antes parecía imposible y ahora increíble: no es falso decir que con Hitler el pueblo alemán se puso de pie nuevamente. Aquí radica uno de los puntos insondables del caso nazi: como la convicción y fe de un pueblo, el enardecimiento de los propios resentimientos y prejuicios, la transformación en ideología de los sitios comunes de una época sumados a los emblemas e ideas populares sobre lo nacional, oscurecieron emotivamente el significado cotidiano de lo que se hacía, de lo que parecía entonces obvio y normal y, sin embargo, no lo era.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDRT, H. (1958). *La condición humana*. Edición 1993. Barcelona: Paidós.
- _____ (1951a). *Los orígenes del totalitarismo*. Tomo II: Imperialismo. Edición 1987. Madrid: Alianza.
- _____ (1951b). *Los orígenes del totalitarismo*. Tomo III: Totalitarismo. Edición 1987. Madrid: Alianza.
- BIERMANN, E. (1997). *Alemania siglos XIX y XX* (Inédito: conferencias). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- BRACHER, K. (1973). *La dictadura alemana I*. Edición 1993. Madrid: Alianza.
- CASSIRER, E. (1947). *El mito del Estado*. Edición 1993. México: FCE.
- ENGELS, F. (1874). “Revolución y contrarrevolución en Alemania”, en *Engels-Marx. Obras Escogidas*. Tomo I. Edición 1974. Moscú: Progreso.
- HEIDEGGER, M. (1958). *La época de la imagen del mundo*. Santiago: Universidad de Chile.
- KERSHAW, I. (1998). *Hitler 1889-1936*. Edición 2000. Barcelona: Península.
- LUKÁCS, G. (1953). *De Schlling a Hitler*. Edición 1972. Barcelona: Grijalbo.
- SAFRANSKI, R. (1997). *Martín Heidegger, Un maestro de Alemania*. Edición 2000. Barcelona: Tusquets.